

la sensación vaga de una angustia prolongada hasta en sueños. — ¿Qué me ocurre? — se preguntó. En seguida recordó la escena de la víspera y el regreso inminente de Adriana, y se despejó tembloroso. Al tender distraídamente la vista por la habitación, se fijó de pronto en la esquela de Montaraz. Seguramente algo grave había ocurrido mientras él dormía. Saltó del lecho, recogió la carta y la leyó, con el corazón palpitante y un nudo en la garganta... ¡Se había marchado!... ¡No era posible!... Vistióse á la ligera y corrió al cuarto de la fugitiva. Los cajones abiertos y en desorden revelaban el apresuramiento de la partida. Por la ventana abierta, penetraban los rayos del sol hasta la cama, que se hallaba intacta. No cabía dudar: Montaraz había puesto realmente en práctica sus amenazas...

Sí, se había marchado y ya lejos, cruzando el bosque de Montavoir, sentía desgarrado el corazón. Al pasar junto á Fuentemala, le asaltó la idea de poner fin para siempre á sus pesadumbres, pero la idea de morir entre aquellas aguas cenagosas y llenas de sanguijuelas, le produjo asco, y le hizo apresurar la marcha por la senda escarpada que conducía al bosque. La infeliz sufría atrocemente; su amor grande, intenso, confiado y

exuberante, se tronchó para siempre; le parecía no tener en el cuerpo fibra que no estuviese desgarrada y sangrando. A este constante sufrir, se añadía una punzada aguda, dolorosísima, cada vez que pensaba en el egoísmo de Francisco. Dionisia seguía amándolo y no podía consolarse al verse obligada á despreciarlo. El ídolo estaba roto, y lo que más afligía á la desdichada era el descubrir los elementos vulgares de que se hallaba formado el que ella creyó un dios. Carácter salvaje apenas bruñido por la civilización, no comprendía absolutamente nada de las hipocresías, de las apariencias engañosas y de los efugios merced á los cuales las personas, en el trato social, transigen con su conciencia y refrenan los instintos generosos del alma. — Hay plantas silvestres que sucumben antes que adaptarse al cultivo artificial: Montaraz pertenecía á esa familia de plantas. — Caminaba lentamente bajo los árboles, eligiendo los senderos menos frecuentados y los atajos más ásperos, y daba rienda suelta á su dolor que se exteriorizaba en abundantes lágrimas y en sollozos convulsivos. A veces se detenía, se apretaba contra un tronco y retorció desesperadamente los brazos oprimiendo la rugosa corteza. Aquel abrazo feroz le servía de desahogo: se le anto-

jaba que la selva — amiga antigua de su infancia — se compadecía fraternalmente de su pesadumbre.

Cuando se ha vivido mucho tiempo en medio de los bosques, se entabla con ellos una íntima comunión de sentimientos. Se comparten las confusas impresiones que ellos parecen experimentar, y, recíprocamente, se llega á suponer que las emociones propias encuentran eco simpático en la selva. El florecimiento alegre de los verdos nuevos, la caída melancólica de las hojas muertas, la majestuosidad de las puestas de sol entrevistas por los claros del ramaje, la serenidad solemne del alba tiñendo de oro las frondas, hallan en nosotros reflejos fieles, reflejos emotivos que nos impulsan á creer, según seamos dichosos ó desgraciados, que el alma misteriosa de las plantas se alegra con nuestras alegrías y se entristece con nuestros pesares. En la selva, adormecida y silenciosa bajo el fuego del sol de Agosto, notaba Montaraz cierto agotamiento, semejante al que ella sentía. Los arroyuelos que antes susurraban jubilosamente, estaban ahora secos; las blancas guijas, y las hierbezuelas caídas y llenas de barro endurecido, eran huellas únicas del agua en el cauce vacío; las hojas, verdes y

lustrosas el mes anterior, temblaban amarilleando, faltas de savia. Atravesó la « corta » de Fays: la tierra cubierta de brezos y de helechos rojizos estaba inundada por claridad cegadora; miles de insectos dejaban oír chirridos estridentes, metálicos; la cabaña estaba hundida y los zuequeros se habían marchado. — ¡ Ah! — pensaba Dionisia, abriéndose paso entre las zarzas sin hojas y las retamas llenas de hojuelas negruzcas. — ¿ Por qué no habré encontrado, en el pecho de Francisco, la abnegación y la buena fe que tenían mis pobres zuequeros? ¡ Con él hubiera yo vivido dichosa, aun en una cabaña arruinada cual ésta!

Estaba en mitad del bosque y trataba de orientarse. En medio del silencio campestre, escuchó á lo lejos el borbotear del agua en el nacimiento del Aujón, y se estremeció dolorosamente, de pies á cabeza, ante el recuerdo de la tarde del baño. Se detuvo y prestó oído, acariciando la esperanza quimérica de que Francisco, arrepintiéndose, había salido á buscarla é iba á aparecer entre la maleza. ¡ Ah! Si se hubiera presentado de repente, como se presentó aquella tarde de Julio, surgiendo en medio de los matorrales; cómo le hubiese abierto los brazos, Montaraz! ¡ Cómo le hubiese perdonado en el acto sus crueles vaci-

laciones ! Pero las malezas permanecían inmóviles y el sol, cayendo ya perpendicularmente, lanzaba sus dardos implacables sobre la selva solitaria. Reanudó la jornada ; dejó, á la izquierda, la garganta del Aujón, y, á la espalda, la granja de Aguanueva ; torciendo á la derecha, debía llegar á la meseta de Langres. Efectivamente, tras una hora de camino, llegó al lindero del bosque y tuvo á la vista la pedregosa llanada partida por una carretera que se abría entre la amarillez pálida de los ya segados campos de centeno. Atravesó los abrasados surcos sintiendo en las piernas los pinchazos de los rastrojos y de los cardos, y llegó, ya fatigada, hasta el camino.

Aquella carretera recta, polvorienta, flanqueada por olmos de ramaje mezquino, le infundía miedo. Dijérase que al salir del bosque había perdido el valor y aun parte de la energía física que hasta entonces la sostuvo. Tenía hinchados los pies y el fuerte calor de mediodía le causaba aturdimiento. La violenta reverberación del sol sobre la arena del camino, le hacía daño á la vista. De vez en cuando, el viento levantaba una columna de polvo, la enrollaba en espirales y la deshacía sobre las amarillentas hierbas de las cunetas. Los saltamontes chirriaban sobre los

montones de piedras colocados en los bordes de la carretera ; luego, al sentir ruido de pasos, callaban bruscamente. Los chirridos volvían á sonar y volvían á callar de cien en cien pasos, con interrupciones súbitas, durante las cuales sólo se oía el chasquido seco, crepitante, de los abrasados rastrojos. Para Dionisia, esta senda polvorienta y sin sombra, era realmente el comienzo de lo desconocido ; caminaba como á disgusto, entorpecida y desorientada. En un altozano de la carretera, un peón caminero partía piedras. Cubierto con un sombrero de paja y resguardados los ojos con antiparras enormes, picaba la grava descargando martillazos, maquinalmente, resignadamente. Dionisia se detuvo para preguntarle por dónde se iba á Aprey. El picapedrero miró un momento con curiosidad á la joven que, vistiendo como una señorita, viajaba á pie llevando el equipaje á la mano ; luego, irguiéndose sobre las nudosas piernas, señaló con el brazo una lejana ramificación de la carretera : — hacia la derecha, y emprendió la faena de descargar martillazos sobre los guijarros, mientras la muchacha continuaba caminando sobre el polvo y bajo el sol.

Se encontraba atrozmente fatigada. Extraño

malestar, ocasionado, sin duda, por una noche de insomnio, por la falta de alimento y por el bochorno canicular, la dominaba por completo. Le temblaban las piernas, apenas podía respirar, tenía seca la garganta y por las sienes le corría sudor helado. Trastornada por el vértigo, logró arrastrarse hasta la cuneta, buscando apoyo en el talud. Todo daba vueltas á su alrededor. — ¡ Ay, Dios mío ! — pensó — ¿ Acaso voy á morir aquí, en esta horrible senda ? — Los párpados se le cerraron pesadamente, la cabeza se le fué hacia atrás y ya la infeliz no tuvo conciencia de lo que ocurría en torno suyo...

Y mientras tanto, en Rouelles, Francisco aguardaba el regreso de su esposa sufriendo angustias bastante parecidas á las de un condenado á muerte en la hora que precede á la ejecución. Tenía fiebre y apenas podía sostenerse de pie. Ignoraba completamente cómo iba á resolver todas las funestas complicaciones ocasionadas por su aventura con Dionisia. ¿ Qué diría Adriana al enterarse de la misteriosa é inexplicable ausencia de Montaraz ? En la casa, los criados aun no sabían nada, pero antes de la noche todo se conocería... ¡ Pobre Montaraz !... ¿ Dónde estaría en aquel momento y cómo iba á vivir entre una familia pobre, que la

consideraría como carga enojosa?... Á pesar de su egoísmo, Francisco experimentaba compasión al reflexionar en los peligros que habría de correr la desdichada niña que tan aturdidamente lo amó y á la cual él había empujado cruelmente hacia la perdición. La conciencia de la abrumadora responsabilidad que le correspondía, era parte á aumentar la desazón en que se encontraba aguardando la vuelta de la viajera. A cada momento consultaba el reloj : — ¡ Aún faltan dos horas !... ¡ Ya sólo queda una hora !... ¡ Pronto va á llegar !... — Le acometió un escalofrío. Se puso de pie, estudió la actitud que debía adoptar para recibir á su esposa y repasó las razones que podía aducir para explicar la fuga de Dionisia. Después, acalentrado y rendido por la ansiedad, se dejó caer en una butaca, cerró los ojos y se devanó los sesos tratando de encontrar una solución favorable.

A veces conseguía tranquilizarse, forjándose ilusiones, y engañándose á sí mismo con argumentos ingeniosos, acalladores momentáneos de su inquietud : — Después de todo — se decía — Dionisia es una criatura muy rara ; sus aficiones campesinas y sus hábitos de vagabundeo, seguramente constituyen buenísima preparación para

la vida que voluntariamente se ha impuesto. Le gusta el trato con los aldeanos, tiene sangre aldeana y nació para vivir entre esa gente; si encuentra, en Aprey, á sus parientes, de seguro no pasará apuros. No es una jovencilla como otra cualquiera. Es tenaz y resuelta, y, una vez instalada allá abajo, se negará redondamente á volver á Rouelles. Me queda arreglar el asunto con Adriana; pero ésta es más tratable y me escucha y se deja convencer. Ya me ingeniaré para lograr que renuncie á traer aquí á su hija adoptiva. Al principio me costará trabajo, porque mi mujer está influida por ideas románticas y sentimentales, pero, con habilidad y constancia, le haré comprender la razón. Ya se persuadirá de que esta determinación es la más ventajosa, tanto para Dionisia como para nuestra tranquilidad doméstica. Y, entonces, como ya está hecho lo más difícil, toda vez que Montaraz se ha anticipado, se arreglará el asunto señalando una renta vitalicia á la muchacha... En resumen, el negocio se desenlazará satisfactoriamente y nadie se enterará de la falta que he tenido la necesidad de cometer... Sí, es cierto que he procedido mal; lo reconozco y compadezco á la pobre niña... Pero, después de todo, yo no soy un ángel, y hasta es posible que

un ángel hubiera sucumbido á la tentación... Si Dionisia no llega á marcharse, la situación hubiese resultado intolerable y, fatalemente, Adriana hubiera concluído por descubrir la verdad... Decididamente ¡no hay mal que por bien no venga! ¡Con tal de que Dionisia haya llegado sana y salva á Aprey!

Así discurría cuando escuchó el rodar de un carruaje por la carretera y el rechinar de las puertas que se abrían de par en par dando entrada al patio principal. Se levantó muy pálido, con el corazón palpitante, y se lanzó valerosamente fuera del vestíbulo. Adriana ya se había apeado del coche y, antes que su marido pudiese hablar, le echó los brazos al cuello.

— ¡Aquí me tienes ya! — gritó estrechándolo cariñosamente — Vuelvo completísimamente buena... Pero no todos pueden decir otro tanto, porque aquí te traigo á la pobre Montaraz en un estado deplorable.

— ¡Montaraz! — murmuró Francisco aterrado. — ¿La traes aquí?

No se atrevía á mirar al carruaje; la doncella andaba muy atareada ante la portezuela abierta.

— Sí; figúrate que nos la hemos encontrado, casi sin conocimiento, caída en la cuneta del camino...

¡En pleno sol! No sé como no ha sucumbido... ¡Oh! Inmediatamente imaginé que la niña había hecho una nueva diablura... No quería volver y nos ha puesto en el caso de traerla á la fuerza. Ahora, va tranquilizándose, pero aún está débil, y conviene no mostrarle excesiva dureza.

Aturdido, desconcertado, Francisco miraba alternativamente á su mujer y á la joven que, al fin, se apeó auxiliada por Celia. Blanca como la cera, se dirigió casi automáticamente al vestíbulo, pasando por delante de Pommeret, sin aparentar que lo veía.

— Querido — exclamó Adriana, tomando el brazo de su esposo. — ¡Sé indulgente! Segura estoy de que la has tratado con demasiada severidad, y de esta niña no se consigue nada por la violencia... Quédate acompañándola mientras me mudo de traje; háblale con dulzura — y, así diciendo, se acercó á Montaraz, la besó en la frente, y murmuró: — Hasta ahora mismo, hijita; te dejo para que hagas las paces con tu padre.

Entróse con Celia en la habitación á la cual habían trasladado el equipaje. Francisco respiró con más desahogo pensando que, al fin y al cabo, Dionisia no había pronunciado palabra comprometedora. Se detuvo en el umbral de la puerta de

la estancia en la cual acababa de penetrar la joven-cita.

— ¿Dionisia?... — balbució con acento interrogativo.

La joven le dirigió una mirada sombría y despegando, al fin, los contraídos labios contestó:

— ¡No tengas miedo! ¡Puedes creer que no estoy aquí por mi gusto! — Calló, dió unos cuantos pasos, y luego, volviéndose, añadió con voz opaca, velada por la rabia: — ¡Si supieras lo que te desprecio!...

Y, cerrando violentamente, dió con la puerta del cuarto en las narices de Francisco.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA